

Crisis y migraciones desde un enfoque psicosocial de la vida cotidiana

Jany Barcenas Alfonso

Profesora. Facultad de Psicología.
Universidad de La Habana (UH).

Consuelo M. Martín Fernández

Profesora. Centro de Estudios Demográficos (CEDEM)
y Facultad de Psicología. UH.

Maricela Perera Pérez

Profesora. Facultad de Psicología. UH.

Yo no creo que por sí misma la migración tenga que ser considerada, y más hoy, un evento estrictamente político. Es un tema económico, es un tema familiar, es un tema opcional [...] todo lo que limite ese libre ir y volver es algo que debe extinguirse [...] los que desean libremente ir y volver, que vayan y vuelvan. Siempre habrá los que decidan seguir haciendo la prueba, seguir haciendo la prueba de edificar, de construir. Y si es posible, que los que van y no olvidan, nos extiendan la mano.

Eusebio Leal Spengler

El propósito de este trabajo es aportar a la comprensión de las nociones científicas —y también desde el pensamiento cotidiano o de sentido común— sobre las crisis y su relación con las migraciones internacionales desde un enfoque psicosocial de la vida cotidiana. Reflexionar sobre lo que en este sentido acontece en la vida personal y social constituye un reto para proyectar nuevas oportunidades dentro de estas situaciones, y recuperar el equilibrio perdido desde las posibles fortalezas individuales y colectivas.

Al romper con las formas habituales de organizar la cotidianidad debido a las crisis (económica, sanitaria, personal, familiar, social), el fenómeno psicológico de familiaridad acrítica se sustituye por la crítica y la autocrítica, porque significa que aquello que resultaba obvio e incuestionable por su repetición, ya no es posible de realizar de forma diaria y se abre paso a la reflexión y la transformación. Deviene necesario realizar acciones concretas que permitan la articulación de prácticas cotidianas para el mantenimiento de la vida y la expectativa de solución de las necesidades en los lugares conocidos, o por conocer, o sea, aquellas asignadas como de posible o de inmediata solución, aun sin tener todas las garantías de lograrlo.

Vida cotidiana como categoría de la Psicología social

Un documento primario para esta conceptualización es la tesis de doctorado en Ciencias Psicológicas de Consuelo Martín (2000), que sintetiza la relación teórica entre vida cotidiana, familia y emigración. Coincidimos en que la cualidad de nuestro objeto de estudio es un sujeto de estudio, es el ser humano, inmerso en las más complejas y contradictorias dinámicas sociales. De ahí la pertinencia de comprender, desde un enfoque psicosocial, la vida cotidiana, la migración como estrategia de solución a la crisis y, en muchos casos, elaborar propuestas de conceptos que atiendan a la dialéctica de los procesos involucrados, sin desconocer la necesidad de un enfoque inter, multi o transdisciplinar, y su abordaje por otras disciplinas afines.

Utilizamos el concepto *vida cotidiana*, definido como

expresión inmediata en un tiempo, ritmo y espacio concretos, del conjunto de actividades y relaciones sociales que, mediadas por la subjetividad, regulan la vida de la persona, en una formación económico-social determinada, es decir, en un contexto histórico social concreto. (14)

Una exhaustiva profundización en los elementos integradores del concepto y su relación con las migraciones internacionales se encuentra en la propuesta teórica elaborada por Martín, en la que se demuestra que la vida cotidiana es un sistema donde coexisten dos tipos de eventos: reiterados de forma ordinaria, y puntuales o extraordinarios. Ambos suponen un vínculo estructural necesario que posibilita, por una parte, su repetición en cuanto a la organización familiar y social (ámbito laboral, sociopolítico, cultural, de tiempo libre), y por otra, la imposibilidad de esta misma repetición por eventos como el nacimiento de un hijo, matrimonio, muerte de un familiar, cambios de trabajo, traslado a otro lugar de residencia, que implican una ruptura con lo reiterativo y la necesaria reorganización de las esferas de la vida, sea por el surgimiento de crisis y conflictos personales y colectivos, o por el conocimiento de otras cotidianidades. En general, y para el tema migratorio en particular, la determinación por cada momento y contexto histórico concreto permite comprender los cambios ocurridos en el tiempo, espacios y ritmos concretos que afectan la estructura básica de la vida y se insertan como efectos sociales de la crisis.

Crisis desde el enfoque psicosocial

Etimológicamente, este término significa separar o decidir, algo que se rompe y nos obliga a analizar

y reflexionar sobre lo ocurrido. Casi siempre se le atribuye una connotación negativa y, por tanto, se trata de evitar o negar, en lugar de afrontar. En ese sentido, se puede reconocer como un mecanismo dinamizador en la vida cotidiana.

Hablar de esta en un contexto social supone la modificación significativa de las condiciones materiales y espirituales en que habitualmente ha vivido una comunidad, así como el impacto que ello provoca en la vida cotidiana de sus miembros. Las transformaciones de orden económico y político también se configuran en las percepciones, representaciones, valores, ideales, conductas y necesidades de los grupos humanos e individuos particulares inmersos en la situación de cambio (Martín, 2000).

Desde el punto de vista de la psicología social, toda crisis desestructura la cotidianidad, pues se presenta como una situación nueva, cambiante, que moviliza numerosos factores subjetivos. Las modificaciones que implica provocan cuestionamientos sobre la vida diaria, que hasta entonces no se hacían. Se convierte en el motor que enciende reflexiones y demanda la búsqueda de nuevas alternativas. Según Quiroga y Racedo (citado en Martín, 2000), estas situaciones en la cotidianidad abren paso a la crítica como análisis, examen, problematización. Separa y rompe la fusión con lo habitual, lo despoja de su carácter natural. Implica una ruptura con las modalidades o formas habituales de organización de la vida cotidiana (Martín, 2000). Desde este enfoque, se define como «un proceso de desestructuración y nuevas estructuraciones de la vida cotidiana; puede ser de crecimiento y de involución; puede implicar cambios sociales, familiares, laborales, personales» (2004: 36). Esta ruptura trae consigo un impacto en la subjetividad.

A nivel personal se fractura el equilibrio con el que se vivía, lo que provoca diversas repercusiones. Desata disímiles emociones, muchas veces negativas, fuertes, dolorosas; detiene modos habituales de hacer las cosas. Los hábitos, rutinas, sentimientos y formas de ver la realidad dejan de ser efectivos y demandan nuevas actividades, maneras de pensar y, en consecuencia, emociones y sentimientos diferentes: angustia, incertidumbre, ansiedad, miedo, etc. A nivel social, trae inestabilidad e impactos simultáneos en todos los niveles. Evidencia urgencias y desigualdades que atender en las diferentes sociedades. Es un punto de giro para realizar acciones de transformación en el presente, desde una gestión institucional y la responsabilidad común, para mayor bienestar personal, familiar y colectivo (Martín *et al.*, 2020).

Los impactos en la subjetividad cotidiana también son diversos y se producen en tres dimensiones simultáneas. Desde el punto de vista cognitivo existe una pérdida de esquemas de referencia para hacer lo

habitual; las situaciones tienen carácter inédito y es difícil saber qué y cómo hacer desde el pensamiento cotidiano y de sentido común. En el espacio afectivo aparecen distintas emociones: ansiedad, frustración, inestabilidad, desequilibrio, contradicciones, conflictos, incertidumbre, miedo a lo desconocido, resistencias al cambio. En la conducta observable se manifiestan múltiples comportamientos que se complementan o se oponen a las nuevas condiciones: contradictorios, conflictivos, adaptativos, más o menos responsables (Martín *et al.*, 2020).

Las actitudes con que se afrontan las crisis en la vida cotidiana son muy heterogéneas y dependen de las personas y los contextos en que se encuentran. De ahí que mayormente se vivencien asociadas a pérdidas, fracasos, errores. Sin embargo, se abren otras interrogantes: ¿qué se puede hacer en estas situaciones?, ¿se abrirán espacios para la oportunidad, el desarrollo, la innovación?, ¿implica dejarse aplastar por las circunstancias, o renovarse y reinventarse? Muchas veces depende del punto de vista con que se perciba y sus formas de expresión en el pensamiento cotidiano. En cierta medida, se abre una necesaria mirada «diferente» a la realidad, pues lo que resultaba obvio ya no lo es; no se logra satisfacer las necesidades de la misma manera; y no es posible la reiteración de los hábitos.

Más bien, esta se puede entender como una etapa donde la necesidad posibilita que se produzcan transformaciones de mayor diversidad, alcance y signo. Al desembocar en situaciones de cambio social positivo, desarrollador, se está en presencia de crisis sociales de crecimiento; y al hacerlo en circunstancias de estancamiento, de cambio social negativo, se hace referencia a aquellas de involución (Martín, 2000).

Las transformaciones originadas en el nivel social producen otras en el individual, dada la relación dialéctica que existe entre ambos niveles. Ello implica que se produzcan determinados cambios en la subjetividad de los individuos. También se vivencia una desestructuración, rompimiento o disociación entre lo representado y su propia representación, la realidad y lo simbólico. Se obliga a una búsqueda de nuevos marcos referenciales que se ajusten con más efectividad a la nueva y cambiante realidad, debido a que los antiguos esquemas pierden su valor por el carácter novedoso e inesperado de la cotidianidad en desequilibrio, pues la crisis provoca una «doble ruptura o doble desfase entre necesidades y satisfacciones socialmente disponibles y entre experiencias y sistema social de representaciones que dan cuenta de esa experiencia» (Quiroga y Racedo citado en Martín, 2000).

Las situaciones críticas desencadenan ansiedades de pérdida, las cuales generan diferentes modos de afrontamiento y son reconocidas como respuestas

individuales a la crisis. En algunas personas se produce una respuesta activa, de búsqueda, para dar solución a los problemas; en otras, parálisis o inmovilismo, y esperan a que otros se ocupen de las demandas que imponen los cambios. También hay quienes asumen conductas delictivas o antisociales, y los que se deciden por el escapismo, la fuga, el abandono del país (Martín, 2000). Este análisis permite englobar la diversidad de actitudes y conductas con que las personas enfrentan la desestructuración de lo cotidiano, al menos en dos ejes de estrategias susceptibles de entrecruzarse: respuestas en función de la posición del sujeto como actor o espectador, y a su vez, aquellas articuladas según la distancia respecto a lo socialmente establecido.

La migración como estrategia de afrontamiento, usualmente se considera una respuesta evasiva a las presiones de lo cotidiano, pues se evade la presión de las carencias y falta de expectativas, a partir de atribuirle al nuevo lugar la solución inmediata de todos los problemas. No obstante, también es una estrategia activa porque implica y moviliza la construcción subjetiva del individuo para llevarla a cabo, quien, además, necesita activamente reestructurar su vida en el nuevo contexto, muchas veces desconocido. Al mismo tiempo, los cambios generados en el nivel subjetivo, tanto en signo positivo como negativo, se expresan en las condiciones concretas de la vida cotidiana.

La situación migratoria en contexto de crisis

Estas respuestas individuales, también se estructuran, a nivel grupal y social, como estrategias de afrontamiento debido a la situación económica, y en su articulación con el tema migratorio. Actualmente, se suma la pandemia de COVID-19, que ha recrudecido las tensiones económicas a nivel mundial. Esto hace que un mayor número de personas decida emigrar por las vías que encuentran disponibles, aunque son deseables aquellas con carácter legal, organizadas y seguras. Sin embargo, se presentan muchos obstáculos, como en el caso de la migración hacia los Estados Unidos desde Cuba y otros países de América Latina. En correspondencia, las trayectorias irregulares toman mayor auge (ya sean por mar o cruce de fronteras terrestres) y, desde el punto de vista subjetivo, muchas veces son percibidas como más fáciles y rápidas para el cumplimiento del proyecto migratorio.

En estudios recientes del Grupo de Migraciones Internacionales (GMI/CEDEM)¹ de la Universidad de La Habana se constata que las personas que eligen estas formas de salida no tienen percepción del riesgo que encierran. Por mar, el éxito de esa opción se asocia a la suerte y a condiciones climatológicas favorables, y basta con conocer que alguien lo ha logrado para

La migración como estrategia de afrontamiento se considera una respuesta evasiva a las presiones de lo cotidiano, pues se evade la presión de las carencias y falta de expectativas, a partir de atribuirle al nuevo lugar la solución inmediata de todos los problemas. No obstante, también es una estrategia activa porque moviliza la construcción subjetiva del individuo.

sentir que es posible y relativamente fácil de alcanzar la meta. Por tierra, el triunfo se percibe aún más seguro y legítimo. En el caso de Cuba, viajan de manera legal hacia países desde donde inician el tránsito irregular, especialmente, por aquellos que no exigen visado. Sienten que este proceso les garantiza llegar a su destino de forma segura, pero luego se convierten en migrantes irregulares cuando comienzan a cruzar fronteras de naciones, en tránsito hacia los Estados Unidos, país por el que existe un fuerte atractivo debido a la Ley de Ajuste cubano —desde 1966 y aún vigente—, que garantiza, transcurridos un año y un día, la regularización del estatus migratorio de residentes permanentes, a quienes dicen salir de la Isla por motivos políticos. Llegar por este camino es una forma de demostrarlo.

En 2022, el movimiento de población migrante en la región y en Cuba ha sido acelerado y de crecimiento exponencial, sobre todo por vías irregulares. Ello tiene que ver con la búsqueda de estrategias para solucionar problemas en sus países de origen y con la fuerza de atracción potenciada por quienes, llegados a esos destinos, comentan sus experiencias positivas; ya que las personas están menos dispuestas a compartir las negativas. En la actualidad existe un movimiento migratorio con cifras significativas. Probablemente, Cuba supera las mayores registradas hasta ahora en oleadas anteriores. Pero, igual que en esos casos, no quiere decir que haya una crisis migratoria por la ausencia de control en las fronteras. Por el contrario, la mayoría de las personas siguen saliendo del país legalmente, aunque luego muchos pasen a la condición de migrante irregular en otras naciones. Para atender estas cuestiones hay acuerdos bilaterales de Cuba con los Estados Unidos, México y otros Estados donde puedan encontrarse cubanos en diversa situación de vulnerabilidad. En virtud de ello, se producen las devoluciones al país, ya sean por vía marítima o aérea, por las autoridades competentes.

Según Aja (2009), la articulación sistémica de los múltiples asuntos que engloba la migración internacional se puede explicar a partir de cuatro niveles:

- Macrosistémico: derechos humanos; género; globalización económica; migración y desarrollo; régimen internacional; instituciones y normas; salud; vulnerabilidad; xenofobia y discriminación.
- Exosistémico: conflictos armados y catástrofes naturales; refugio; fronteras; integración y comercio;

integración, asimilación, multiculturalismo, transnacionalismo e identidades; mercados laborales; políticas; sistemas de información.

- Microsistémico: comunidades y diásporas; familia; redes sociales; remesas; estatus migratorio; tipos de movilidad; tradición migratoria.
- Individual: características sociodemográficas; proceso de toma de decisiones; experiencias migratorias; motivaciones; efectos psicológicos.

En los niveles micro e individual se ubica esencialmente el enfoque psicosocial desde el cual analizamos las crisis, sus estrategias de afrontamiento y efectos subjetivos. En este sentido, la migración es un proceso altamente estresante, que provoca desestructuración en la vida cotidiana de los sujetos y grupos involucrados, esencialmente supone moverse e insertarse en un nuevo contexto donde muchas cosas son desconocidas. Esto provoca un alto grado de incertidumbre, ansiedad por lo que viene y por la necesaria readaptación que implica el cambio. Para un proceso migratorio saludable tienen un papel fundamental las redes de apoyo, pues es mucho más difícil si la persona emprende sola su proyecto. Se reconoce así a la migración como una estrategia de solución a nivel individual, familiar y social con balances tanto positivos como negativos para las personas, grupos y países implicados.

En los niveles macro y exosistémicos, se estudia la temática desde las llamadas crisis migratorias, definidas por la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) como:

Flujos migratorios complejos y —generalmente— a gran escala, así como patrones de movilidad ocasionados por una crisis que suelen traer consigo considerables vulnerabilidades para las personas y comunidades afectadas y plantear serios retos de gestión de la migración a más largo plazo. Puede ser repentina o paulatina, puede ser por causas naturales u ocasionada por el hombre, y puede tener lugar internamente o a través de las fronteras (2013: 43). Reconociendo asimismo que este concepto sirve para consignar las complejas consecuencias de estas situaciones en la movilidad humana (2012: 2).

Las crisis migratorias tienen varias caras, por lo que al usar la expresión se puede hacer referencia a migrantes internacionales que, una vez en su país de destino, son afectados por una, o a los flujos resultantes de la inestabilidad y conflictos prolongados en una región, entre otros panoramas (Tantaruna, 2019). No

obstante, estas no pueden ser explicadas únicamente a través de cifras, sin comprender el contexto en que tienen lugar, y sus características. No todo flujo migratorio cuantitativamente significativo constituye una crisis; hay que tener en cuenta los factores de expulsión y atracción en cada momento histórico concreto, además de otros múltiples: personales, familiares, laborales y contextuales.

En 2012, la OIM desarrolló el Marco operacional en situaciones de crisis migratoria (MCOF por sus siglas en inglés), con el fin de apoyar a las comunidades afectadas en el acceso a sus derechos fundamentales de protección y asistencia, y para responder con efectividad a los distintos escenarios que se presentan. Se basa en la legislación humanitaria internacional y de derechos humanos, y combina actividades humanitarias, de recuperación y transición al desarrollo, cuyo eje transversal son los servicios de gestión de la migración (Tantaruna, 2019).

En el MCOF existen quince sectores de asistencia; dos de ellos atañen directamente al ejercicio profesional de la psicología, los cuales están encaminados al apoyo psicosocial, para ayudar y proteger a las poblaciones afectadas, reducir las vulnerabilidades, y promover una resiliencia comunitaria, incluyendo el fomento de la capacidad de recuperación de la comunidad y el sentimiento de pertenencia. Además, con la asistencia a la reintegración, se busca poner fin a las situaciones de desplazamientos de personas motivados por las crisis, mediante soluciones duraderas. Esta asistencia también se les proporciona a los migrantes retornados voluntariamente a sus países de origen. Estimular la participación ciudadana, escuchar a la comunidad y realizar un monitoreo cívico son acciones claves para una reincorporación exitosa de estas personas.

El retorno: una oportunidad ante la situación migratoria actual

Aunque su origen se ubica en los años 60 del siglo xx, la atención al fenómeno del retorno, en el contexto de la migración resurgió en Latinoamérica a partir de la crisis recesiva de fines de la primera década del siglo xxi (Lozano y Martínez, 2015). R. King (2015) ha considerado esta migración como una etapa dentro del ciclo migratorio, que sucede cuando las personas regresan a su país o región de origen después de un período en el extranjero. Es un fenómeno multivariado donde puede existir un nivel de desarrollo diferenciado entre los países involucrados, y ser repetitivo dentro de los movimientos circulares, pues no es lineal ni unidireccional, sino un proceso dinámico que puede tomar forma en fases o etapas en el ir y venir de las personas de un país a otro.

El retorno de migrantes queda caracterizado «como un desplazamiento más, como una etapa dentro de un proceso general de movilización, que no representa ni individual ni colectivamente el final de un período de migración» (Pascual, 1982: 69). El regreso al lugar de origen manifiesta la existencia de un vínculo social-territorial positivo o negativo, a partir de las experiencias vividas en el pasado; es decir, de un sentido de pertenencia arraigado a la familia, los amigos, la cultura, las propiedades y el territorio (Larios, 2018).

Si bien no existe una teoría acabada, se cuenta con diversas perspectivas sobre la migración interna e internacional que sirven de base para comprender y analizar su dinámica. En tal sentido, parte de la literatura especializada sobre el tema intenta explicar sus causas o los motivos que conducen a un individuo a tomar la decisión de dejar el lugar a donde emigró, para regresar a su país de origen o reemigrar a un tercero. Existe un conjunto de factores de nivel meso y macro (redes sociales, *boom* o crisis económicas, políticas pro o antinmigrantes, etc.) que se haya en estrecha interrelación con las motivaciones individuales y familiares. En este sentido, las aproximaciones analíticas reclaman miradas holísticas y multidisciplinarias, que identifiquen las diversas interacciones que produce el retorno (Lozano y Martínez, 2015).

Por su parte, la OIM (2009) lo define como «una acción que implica la vuelta, de un país en el que se estuvo de paso o se estabilizó la estadía por un determinado período de tiempo, a aquel desde el que se inició el proceso de salida». De esta manera queda especificado como una acción; y aunque la OIM reconoce que va más allá, no explicita la necesidad de tomar en consideración las implicaciones regulativas y jurídicas, socioeconómicas, demográficas y psicosociales.

Según Liliana Rivera (2008); Jorge Martínez, Verónica Cano y Magdalena Soffia (2014); Cristián Orrego y Jorge Martínez (2015), desde el punto de vista teórico y de elaboración conceptual, nociones como circularidad y movilidad transnacional suelen ser las que mejor representan la dinámica contemporánea del retorno. Orrego y Martínez (2015) lo analizan como parte del proceso, considerando sus diversas dimensiones y elementos conceptuales. Sus criterios apuntan a que la perspectiva transnacional representa mejor las dinámicas de los actuales flujos, marcados por la circularidad, de muchos movimientos. Ello contrasta con que, a nivel regional, las diferentes iniciativas de gestión de este proceso no se han concebido desde esta óptica, sino desde una lógica nacional, enfatizando en un regreso que, en apariencia, se concibe como definitivo.

El enfoque psicosocial estudia y explica estas experiencias desde el análisis crítico de la vida